

## Un cuento de circunstancias que permanecía olvidado: “La muchedumbre”, 1922

Cristina Patiño Eirín

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

“No soy, no puedo ser como la muchedumbre, para quien no hay ley divina ni humana”

(León Roch, en *La familia de León Roch*, ed. de Í. Sánchez Llama, Madrid, Cátedra, 2003, p. 404).

Sigue siendo válida la afirmación de que el corpus cuentístico de Pardo Bazán es todavía un inmenso territorio sin límites precisos, tan lábil es el contorno de su perímetro como grata la sorpresa de descubrir que títulos no registrados vienen a ensancharlo<sup>1</sup>.

Probablemente sean los cuentos llamados de circunstancias motivados por la celebración de una determinada festividad o fecha los que en mayor número permanecen aún arrumbados en la penumbra de publicaciones, de provincias en su mayor parte. No figurarán entre los más logrados aunque su categoría estética no disuene de la de una buena proporción de los ya conocidos cuentos circunstanciales. Es el caso del que aquí presentamos, “La muchedumbre”, cuento de Semana Santa afín en su temática, trazado y disposición a los que el editor en 1990 de los *Cuentos completos* de la autora reunía bajo el título precisamente de “Cuentos de Semana Santa”<sup>2</sup>,

<sup>1</sup> Para aquilatar tal esfuerzo y explicar su origen, cfr. Nelly Clemessy, “Una recuperación de cuentos de Emilia Pardo Bazán en el decenio del sesenta”, así como José Manuel González Herrán, “La recuperación de los cuentos dispersos de Pardo Bazán, desde 1970”, ambos trabajos en *Emilia Pardo Bazán: los cuentos. II Simposio Emilia Pardo Bazán*, ed. de J. M. González Herrán, C. Patiño Eirín y E. Penas Varela, A Coruña, Real Academia Galega/Fundación CaixaGalicia, 2006: 257-260 y 261-270.

<sup>2</sup> A saber, “Al anochecer” (1898), “El alba del Viernes Santo” (1902), “Las armas del Arcángel” (1905), “Berenice” (1916), “El malvis” (1915) y “Pilatos” (1909), cfr. Paredes Núñez, Juan, ed., A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1990: 5-25. Del último de los títulos mencionados existen galeradas conservadas en el ARAG, signatura 257/16, vid. *Catálogo*, cit. infra. Fue recogido por Nelly Clemessy en *Emilia Pardo Bazán. Contes perdus et retrouvés*, Tome II, Thèse de Doctorat, Université de Montpellier, 1967-1968: 236-240, [inérita]. La profesora Clemessy, a diferencia de Paredes Núñez muchos años después, daba ya la ficha completa de la publicación donde encontró “Pilatos”: *Blanco y Negro*, n° 938, 14 de Abril, 1898.

una gavilla de siete relatos con los que sin duda hemos de emparentar el que aquí exhumamos<sup>3</sup>.

Es con “Al anochecer”, aparecido en *Blanco y Negro* en 1898, con el que guarda más estrecho vínculo: la alusión reiterada al Pretor que creía inocente a Jesús (Yesúa), el vehículo de la narración a través del diálogo entre dos personajes (Sabas el viñador y Daniel el ebanista, dos hombres del pueblo), el estado de Cristo, crucificado ya en el Gólgota, la explícita mención de *la muchedumbre* y de la multitud, que había contemplado la entrada en la santa ciudad y recibido las bendiciones del Rabí en el cuento publicado en 1898 y que se erige después, como si de un cuento desgajado del anterior se tratase, en personaje epónimo del relato de 1922. Ambos comparten, además, un aderezo que no falta en otros de la misma serie como “El malvís”, y que es esa modulación estilística pardobazaniana que consiste en recrear metáforas e imágenes bíblicas en la tesitura de lo que podríamos denominar “la religión del arte”, asunto sobre el que no podré volver en estas notas y del que ya me he ocupado en otra ocasión<sup>4</sup>. Baste citar ahora un breve pasaje de *San Francisco de Asís. Siglo XIII*, obra que, centrada en formas de religiosidad medieval, remite a toda una poética de la imaginación pardobazaniana y en la que podríamos encontrar, como ella intuía en la especial satisfacción que le granjeó, una piedra de toque de toda su creatividad ulterior. Reparemos en cómo asimila el surgimiento de la Orden franciscana al de la conformación del arte:

Brotaba así la Orden admirable, que por sí sola es bastante para embalsamar con aroma de ascética poesía los siglos medios. Brotaba cual brota la creación del artista, cual surge el poema, la sinfonía, el lienzo; madurados por largo tiempo en lo más íntimo de la humana conciencia, presentidos y acariciados como el ideal; pero revelados súbitamente al rayo claro y divino de la inspiración<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> Agradezco a mi colega en el campus lucense el profesor Javier Serrano Alonso su localización.

<sup>4</sup> Vid. “Acerca del franciscanismo de Pardo Bazán”, *Homenaje a Benito Varela Jácome*, edición a cargo de Anxo Abuín González, Juan Casas Rigall y José Manuel González Herrán, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2001: 455-475.

<sup>5</sup> Vid. Pardo Bazán, Emilia, Madrid, Librería de D. Miguel Olamendi, Tomo I, 1882: 55.

Ya en los “Apuntes autobiográficos” la por entonces determinada mujer de letras evocaba, y al hacerlo contribuía a su autoencumbramiento como tal, su muy temprana lectura de la Biblia. Niña aún, en uno de aquellos veraneos pontevedreses que empezaron a familiarizarla -en la biblioteca de la Torre de Miraflores- con sus juegos preferidos, los que le deparaban los libros, nos cuenta cómo el hallazgo de uno en especial le produjo singular goce:

De cuantos allí había, uno solo recuerdo: pero ése con tal viveza, que estoy segura de que si ahora encontrase la edición, la reconocería. Era una *Biblia* en varios tomos, con notas y preciosos grabados: me engolfé en su lección y no perdoné ninguna de las partes de tan incomparable todo. Gustábame en particular el *Génesis*, cuya grandeza sentía confusamente, el dramático *Éxodo*, las primorosas y novelescas historias de *Ester* y *Rut*: en cambio no presté gran atención a la inspirada voz de los *Profetas* ni a los arrullos de la *Esposa* de los *Cantares*. Aquí conviene añadir algo que complete el esbozo de la chiquilla de ocho a nueve años que se embelesaba con tal lectura. Y es que la total inocencia posee en efecto la cualidad de la abeja, de sacar miel hasta de los cálices venenosos: pues puedo asegurar que, sintiendo entonces la magnificencia de la poesía bíblica con una intensidad que hoy me sorprende, los pasajes más crudos que cocidos que abundan en el Antiguo Testamento no me despertaron una curiosidad ni mancharon con una nube el claro azul de mi fantasía infantil, y vi desfilar a las terribles pecadoras orientales, las Tamares, las hijas de Lot, la que fue de *Urías* (como reza el sagrado texto) sin percatarme de sus diabluras (1999: 11<sup>6</sup>).

Colectora de sus propias “Notas bíblicas”<sup>7</sup>, sin duda tal hipotexto funciona en su escritura no como un mero cañamazo erudito sino como una filigrana artísticamente integrada. Diríase que, si damos crédito a sus afirmaciones, tan abiertamente consideradas como exagerada vanidad por sus colegas varones, fueron las historias de la Biblia uno de los fundamentos diegéticos y narrativos más consistentes de su autoformación y que en ellas aprendió no sólo a urdir tramas y peripecias sino también a dotar al relato de un vuelo literario reparando en su sensual imaginería.

Nuestro relato se desprende más bien del Nuevo Testamento y obedece a un principio rector de la escritura decimonónica: rendir homenaje a

<sup>6</sup> Cfr. *Obras completas*, edición de Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, Madrid, Biblioteca Castro, Tomo II, 1999.

<sup>7</sup> Dedicadas a “Absalón”, “La fuente del desierto”, “La madre de los Macabeos” y “Susana” están las que se conservan y que fueron publicadas en el número 15 de *El Heraldo Gallego* en septiembre de 1877. Vid. Ricardo Axeitos Valiño y Nélida Cosme Abollo, *Os manuscritos e as imaxes de Emilia Pardo Bazán. Catálogo do Arquivo da familia Pardo Bazán*, A Coruña, Real Academia Galega, 2005: 152-153.

fechas señaladas en el calendario católico, algo que Pardo Bazán hizo a su manera.

Como periodista, doña Emilia se preguntaba “¿Existe la Cuaresma?” en *La Ilustración Artística* y lo hacía enumerando un sinnúmero de episodios que durante años venían habitando su imaginación al tiempo que lamentaba el fin de las tradiciones religiosas, de la meditación, del ayuno... Afloraba la añoranza del rito propio del

período en que la Iglesia despliega más grandeza en sus ceremonias y en sus solemnidades. La bendición de los santos óleos; la reconciliación de los penitentes; el Lavatorio, que hace la apoteosis de la suprema humildad; el pavoroso oficio de Tinieblas, que sobrecoge el ánimo; la tierna y reverente Adoración de la Cruz; los sublimes Improperios; la bendición del fuego nuevo y del incienso; el cirio Pascual; la bendición del agua bautismal, son otras tantas estrofas del largo himno de dolor y esperanza que empieza en la imposición de la Ceniza y concluye con el *Aleluya* victorioso del Sábado Santo. Nunca la devoción y la oración parecen más fáciles y gratas que en este tiempo en que el invierno se despidе y aún no se atreva a desplegar sus galas la primavera. Nunca está más cerca de nosotros el Salvador, el Héroe cuya gesta divina refieren esas conmovedoras páginas litúrgicas. Sin embargo, ¡cómo se le olvida! ¡Qué lejos del corazón se le lleva! ([2-III-1896] 2005<sup>8</sup>).

Salta a la vista el eficaz juego de contrastes: ayer/hoy, relajación/disciplina, chuletas y cocido/ayuno, blasfemo/católico, seco bacalao, ascéticas lentejas y garbanzo disfrazado en Madrid/ lamprea y marisco en mis costas, gula/higiene del ayuno. La autora no duda en evocar recuerdos familiares, en personalizarlos hasta el punto de narrar la anécdota de la lamprea. Presente, muy presente está ya el pesimismo que se extiende como un reguero que enciende su discurso en los aledaños del 98.

En ese contexto, aunque posterior, al menos en su salida editorial conqunse, el 12 de abril de 1922, la única que conocemos de este cuento, hemos de ubicar “La muchedumbre”. No es el único relato que el periódico de Cuenca -cuya tirada es de 1.350 ejemplares a la sazón- publica de la autora coruñesa. Entre otros, podemos fijarnos en la aparición en dos entregas de “Otro añito...”, cuento también ocasionado por otra circunstancia anual en este caso la Navidad, los días 22 y 29 de diciembre de 1920 (ocupan el

<sup>8</sup> Vid. Pardo Bazán, Emilia, “¿Existe la Cuaresma?”, *La vida contemporánea, La Ilustración Artística*, Barcelona, n° 740, 2 de marzo de 1896, p. 178. Cfr. edición facsímil de Carlos Dorado, Madrid, Hemeroteca Municipal de Madrid, Testimonios de Prensa n° 5, 2005.

Folletón de *El Mundo*, Cuenca, IV, 447 y 448, p. 3, respectivamente y en ambos casos). En ambas apariciones, las fechas justifican su contenido y tratamiento. “La muchedumbre”, que ocupa dos de las cinco columnas de la página 3, apareció custodiada por otro relato, “Los peregrinos de Emmaús”, de Alfredo Cabanillas y cuatro composiciones poéticas: “Glosario místico” de Emilio Carrere, “Dios” de Rafael A. Deligne, “El amor de Magdalena” de José Joaquín Pérez, y tras el cuento de doña Emilia, “Jesús”, breve oración de Rubén Darío.

Ofrecemos aquí el cuento tras depurarlo de erratas y adaptarlo a la ortografía actual respetando su forma tal cual la reproduce *El Mundo* de Cuenca. En el uso de las delicadas comparaciones, recurso que bien pudiera merecer un análisis en el conjunto de la producción de la autora, puede comprobarse el sello bíblico. En los adjetivos tópicos, en la dicción antigua y venerable, en el sabor oriental en definitiva, hallamos el cuento siempre contado. El logro consiste en que cada vez sea distinto.

## LA MUCHEDUMBRE

Por la condesa de Pardo Bazán

Y sucedió que Silas, uno de los Príncipes de los sacerdotes, amigo particular y confidente de Pilatos, le habló reservadamente la tarde del día en que Jesús entró en Jerusalén entre ramos de palmas.

El pretor escuchaba, cogiéndose con la mano derecha el rasurado mentón y fruncidas las recias cejas, entrecanas ya. El de la Sinagoga precipitaba anheloso las frases, añadía detalles menudos, anunciaba catástrofes próximas y pavorosas, que destruirían la ciudad sagrada al entregarla a las turbas venidas de todas partes, hasta de los confines del desierto.

-Quisiera -repetía- que hubieses presenciado el tumulto de esta mañana, y verías cómo en mis palabras sólo hay verdad. Por dondequiera le siguen; arrastra un inmenso gentío. Si quisiese juntar un ejército de cien mil hombres, con cayadas y hondas, en veinticuatro horas lo verías ondear al Sol, en la llanura, cual trigo maduro. ¿Qué harías entonces? A su paso se alzan las muchedumbres, rumorosas como el mar. Creen en su magia, en las curaciones que hace a cada momento. Besan el suelo. Se arrojan a él. Tienden ante sus pies, por alfombra, sus mantos nuevos. Deshojan flores para que las pise. Una sola palabra suya, ¡oh representante del sacro Emperador!, puede incendiar a toda Judea en un instante, como arden los pinares embutidos de resina en

la canícula, en el espacio de muchas leguas. Ten cuidado, mira que es grave el peligro. Tú no ignoras que se empieza buscando el dominio espiritual y se acaba por procurar el material. Es un hombre descendiente de David y quiere ser Rey efectivo de Israel.

Alzó la cabeza Pilatos. Una sonrisa inteligente plegó su boca.

-¿Según eso -murmuró- Rabí Jesús es amado por la multitud? ¿Y en eso ves tú, oh Silas, un riesgo para César y para la excelsa Roma? ¿Acaso aquí, entre vosotros no se presentan a cada instante excitadores de multitudes, profetas y nuncios de buenas nuevas, como Juan, el comedor de langostas y de miel silvestre, cuya cabeza fue truncada? Siempre estáis en fermentación. Sois un mosto impaciente que rompe los aros del tonel y se desborda.

-Por lo mismo -replicó Silas-, te prevengo contra una amenaza constante. ¿Nada te dice ese modo de ser de nuestra gente? ¿No ves los sucesos que se avecinan? Ayer fue Juan; hoy, Jesús de Nazaret. Más temible me parece éste que el otro.

-He oído decir -interrumpió Pilatos- que es dulce y bueno ese hombre a quien tanto odiáis los de la Sinagoga.

-¡Ah! -exclamó con vehemencia Silas-. ¡En eso está la fuerza que posee! En su habla, que va como flecha a los corazones; en su vivir puro y penitente, en su inalterable misericordia. A todos habla amoroso; no desdeña el trato de publicanos y pecadores, y jamás piensa en vengar ofensa alguna. Un corderillo de Salaad sería más fiero.

Volvió el pretor a sonreír, con destellos claros de malicia desengañada en sus ojos de gruesos párpados.

-Y si Rabí Jesús es como tú lo retratas, ¿por qué os ensañáis con él?

Con impetuosa pasión respondió Silas:

-Porque alborota al pueblo y va a ser causa de graves trastornos. Porque es señor de las muchedumbres, que vienen en pos de él, y a su paso se junta toda la gente de la ciudad, y se alzan las aldeas, y acuden tropeles con enfermos en camillas, y llegan de la Idumea, y del Transjordán, y de Tiro y Sidón. Si tú, pretor, no juzgas que en esto hay desorden, ya te explicarás ante el César. Nosotros, la Sinagoga, lo entendemos de otro modo.

-Proceded según vuestra convicción, Silas -contestó ya seriamente el romano-. Por mí, no hallaréis obstáculo a vuestra justicia. Mas en verdad os digo que si el Rabí creyese contar con la muchedumbre, será como apoyar la mano en un remolino de espuma. Tornadiza y antojadiza es la muchedumbre, y, además, ingrata y pronta en olvidar los bienes; la experiencia te lo demostrará.

Silas, meditabundo, abrió lentamente la boca para la réplica.

-Los tiene muy embaucados ese seductor -dijo al fin, suspirando-. Creen en él con fe inextinguible.

Un leve encogimiento de hombros fue la respuesta de Pilatos. Mandó que trajesen vino enfriado en nieve, frutas y tortas de miel con cominos. No quiso Silas aceptar el obsequio. Su mente estaba llena de ansias de dureza y violencia; anhelaba correr a la Sinagoga, cuanto antes.

No mucho después, era llegada la hora sombría y el poder de las tinieblas. Golpeado y escarnecido, Jesús subía al Calvario. Silas se incorporó al triste séquito. En sus oídos sonaban aún las aclamaciones del día triunfal. Creía sentir el aire agitado por el ondular de las palmas, que la multitud columpiaba rítmicamente; la música de las flautas sonaba dulzona; pero los ¡hosannas! clamorosos cubrían el ruido de los instrumentos. Las flores, pisadas, exhalaban su alma fragante. El trotecillo del asno que montaba el hijo de David percutía en las piedras de la ruta, y los niños, precipitándose, besaban los descalzos pies de su amigo, que pendían a ambos lados de los ijares de la mansa bestia. Y Silas, trémulo, con un sudor que humedecía sus sienes, oía ahora sobre la ruda calzada el fragoroso estrépito de las pesadas herraduras de la caballería romana que escoltaba al reo hasta el lugar del suplicio. Ya en él, veía que, en vez de arrojarle ropas para mullir su paso le quitaban violenta y despiadadamente, como a zarpazos, las propias vestiduras y a los dados las jugaban. Ya no subía al cielo el coro de bendiciones y los cánticos que celebraban la gloria del Rey de Israel, lo que se oía eran bárbaras blasfemias, burlas, provocaciones irónicas, la chanzoneta feroz de los sacerdotes y de los escribas al invitar a Cristo a que bajase de la cruz, a que se redimiese a sí propio. Y Silas, en vez de imitarles, temblaba: un dolor amargo como la hiel que ofrecían al Rabí, le oprimía, quitándole la respiración. Cuando rasgó el espacio la gran voz que dio el Crucificado para expirar, bajó el de la Sinagoga con inseguras piernas, sin volver la vista atrás, y por las calles casi solitarias a aquella hora de sol y de calor sofocante, se encaminó al Pretorio.

Encontró a Pilatos encapotada la faz. Su mujer le había reprendido a causa de Jesús, porque creía en él. Y su conciencia también clamaba allá en lo hondo, gritándole que había sido débil en este proceso contra un justo. Estaba quejoso de sí mismo. No podía perdonarse el haber dado suelta al facineroso Barrabás. Y al ver a Silas, que le había incitado a tal claudicación, se desahogó injuriándole.

-¿Vienes a complacerte en vuestra obra de perros? La sangre inocente ¿no se os sube a la boca, no la escupís? En esta ocasión, Silas, estoy por creer

que decía bien el Rabí cuando os llamaba sepulcros blanqueados. Yo cedí a la muchedumbre; fue ella la que pidió ver libre al asesino Barrabás... Bien lo sabes.

Silas callaba. Cruzadas las manos bajo el manto, agachada la cabeza, se movían sus labios como si quisiese decir algo y no pudiese o no acertase. Parpadeaba, y un ligero velo de cristal se extendía en sus pupilas.

-Tenías razón, pretor -balbució por fin-. Estaba ciego, estaba furioso... Cuanto me vaticinaste se ha realizado.

-¿El Rabí ha sido abandonado por todos? ¿Lo ves?

-Por todos, noble pretor... ¿Lo crearás...? ¡Hasta por sus discípulos! Y el que le vendió por dinero, discípulo suyo también... De aquella muchedumbre entusiasta, de aquellos que entonaban hosannas, ni uno, a la hora del suplicio... Y, solo, me pareció más terrible. Su soledad era como un ejército ordenado en haces...

-¿Estabas tú 'allí' cuando le alzaron? -interrogó Pilatos tétricamente.

-Allí estaba. Sólo algunas mujeres y un discípulo se atrevieron...

-¿Y la Patulea? Pilatos sonreía otra vez, con todo el acíbar de su vieja experiencia de la Humanidad.

Silas se dejó caer en un banco de la terraza. Juntó las manos sobre la frente y gimió:

-Ya lo sabes. Lo que tú anunciaste: espuma.

-¿Pues qué más quieres, qué más queréis los de la Sinagoga? -articuló con frío desprecio Pilatos.

-¡Ah! Ellos puede que crean haber vencido para siempre, con este escarmiento, al espíritu del Rabí... Puede que crean haber apagado el eco de aquella Voz, de aquella Voz tremenda, que acaba de retumbar en la misma Cruz... Y yo también lo creía; y ahora, pretor, creo todo lo contrario. El Rabí volverá a ser aclamado. En la agonía, su frente despedía luz. He sido un miserable. Donde se junten los que sigan sus huellas, allí estará Silas.

El pretor apretaba los dientes, con sorda cólera. Y, amenazando con el puño en la cintura, masculló:

-¡La multitud! ¡Caiga sobre ella la maldición!

[*El Mundo*, Cuenca, III, nº 115, 12 de abril de 1922, p. 3].